

NICK
ALEXANDER

Un viaje entre dos luces

Traducción de Roberto Falcó



amazon crossing

NICK
ALEXANDER
Un viaje entre
dos luces

Traducción de Roberto Falcó

amazon crossing 

Título original: *You Then, Me Now*

Publicado originalmente por Lake Union Publishing, Estados Unidos, 2019

Edición en español publicada por:

Amazon Crossing, Amazon Media EU Sàrl

38, avenue John F. Kennedy, L-1855, Luxembourg

Noviembre, 2019

Copyright © Edición original 2019 por Nick Alexander

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2019 traducida por Roberto Falcó Miramontes

Adaptación de cubierta por PEPE *nymi*, Milano

Imagen de cubierta © Serg64 © John_Walker / Shutterstock; © Arman Zhenikeyev © Matteo Colombo / Getty Images

Producción editorial: Wider Words

Primera edición digital 2019

ISBN Edición tapa blanda: 9782919804290

www.apub.com

SOBRE EL AUTOR

Nick Alexander nació en 1964 en el Reino Unido, en una familia de pintores, y empezó a cultivar su pasión por la escritura desde la infancia. Ha vivido y trabajado en Inglaterra, Estados Unidos y Francia.

Su carrera como escritor autopublicado empezó en 2001. Aunque ya había cosechado importantes éxitos de ventas, la publicación en 2010 de *The Case of the Missing Boyfriend* y su continuación *The French House* lo llevó a vender más de 300.000 ejemplares. La consagración le llegó en 2015 con *The Photographer's Wife* y *El otro hijo*, dos dramas familiares con más de un millón de lectores, un hecho que hace de Nick Alexander el tercer autor *indie* más vendido del Reino Unido. Estos éxitos han dado pie a la traducción de varias de sus obras.

Tras una breve relación con editoriales que se interesaron por sus libros anteriores, en 2014 regresó al mundo de la autopublicación, un proceso que le resulta mucho más interesante y divertido que el mundo de la edición tradicional.

INDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1 BECKY

CAPÍTULO 2 LAURA

CAPÍTULO 3 BECKY

CAPÍTULO 4 LAURA

CAPÍTULO 5 BECKY

CAPÍTULO 6 LAURA

CAPÍTULO 7 BECKY

CAPÍTULO 8 LAURA

CAPÍTULO 9 BECKY

CAPÍTULO 10 LAURA

CAPÍTULO 11 BECKY

CAPÍTULO 12 LAURA

CAPÍTULO 13 BECKY

CAPÍTULO 14 LAURA

CAPÍTULO 15 BECKY

CAPÍTULO 16 LAURA

CAPÍTULO 17 BECKY

CAPÍTULO 18 LAURA

EPÍLOGO BECKY

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Se mira fijamente los dedos de los pies. Tiene las piernas extendidas sobre el azul reluciente de la piscina y se sorprende al ver el esmalte de uñas verde lima. No recuerda habérselas pintado de ese color. Pero es bonito, decide. Y crea un precioso contraste con el mosaico de la piscina bañado por el sol. Al menos en verano, quizá, el verde sea el nuevo rosa.

Cierra los ojos y vuelve la cara hacia el cielo. Nota el roce del calor del sol en los párpados. Por un instante, el mundo se torna rojo y cálido. Nunca se había sentido tan relajada.

Una suave brisa le acaricia el cuerpo, seguida de una ráfaga de aire más frío, así que abre los ojos y ve las hojas del árbol que hay en el otro extremo de la piscina agitadas por el viento. Cambian de un tono claro a otro oscuro muy rápidamente, como los píxeles de una pantalla estropeada, incapaces de tomar una decisión.

El viento sopla de nuevo y se le pone la piel de gallina en los brazos; mientras busca la camiseta, ve que tres hojas de papel salen volando de la mesa y se posan en la superficie del agua.

Su reacción inicial es reírse. «Es la ley de Murphy — piensa—. Podrían haber caído en cualquier parte, pero no, han tenido que acabar en la piscina».

Sin prisa, y sin dejar de sonreír, se levanta, se acerca al borde del agua y espera para pescar los folios. Se arrodilla y al hacerlo nota que el cemento quema; se inclina hacia delante y logra recuperar dos páginas. Las deja en el suelo

para que se sequen, pero la tercera queda fuera de su alcance y ve que se hunde rápidamente, retorciéndose y doblándose. Entonces se levanta y se tira de cabeza con elegancia. El agua está más fría de lo que esperaba y se le corta la respiración.

Nada hasta el centro de la piscina, toma aire y se sumerge. Sabe que no aguantará. Es como si tuviera una sensación de *déjà vu* que intentara advertirle de lo que va a pasar.

Al principio, la luz del sol incide en sus brazos desnudos y siente el calor en la espalda. Pero a medida que se sumerge, persiguiendo la esquiva hoja, la luz se apaga y el agua cambia de azul a verde, y luego, lentamente, a un negro intenso.

La embarga el miedo. De pronto recuerda que la hoja de papel es muy importante (aunque, por extraño que parezca, no recuerda el motivo concreto). Pero la piscina es muy profunda, oscura y fría, y una misteriosa corriente arrastra el folio aún más al fondo.

Aquí también hay cosas, seres vivos. Nota su presencia. De repente tiene miedo, levanta la mirada al cielo y ve los rayos de sol lejos, muy muy lejos.

Suelta una burbuja de aire y observa cómo cambia de forma hasta descomponerse en burbujas más pequeñas a medida que asciende hacia la superficie. Cuando baja de nuevo la mirada, apenas ve el rectángulo de papel, que se precipita a gran velocidad hacia el fondo.

Presa del pánico, sigue descendiendo, a sacudidas; empieza a faltarle el aire. Y a pesar de que logra rozar el papel con la yema de los dedos, por mucho que se esfuerce al máximo y lo dé todo, cada vez que intenta agarrarlo al final se le escapa.

De pronto nota que algo le toca la pierna y oye un chasquido que le hace pensar en un pulpo. ¿Ha visto un documental sobre estos animales? ¿Acaso no producían un sonido muy parecido?

Ahora está convencida de que algo le agarra la pierna; algo que la asusta, algo que provoca su grito ahogado y la obliga a malgastar el poco aire que le queda en los pulmones. Gira la cabeza hacia arriba, pero la luz se ha desvanecido y ya no sabe hacia dónde debe mirar. «¿Y si la superficie queda abajo ahora?», se pregunta. Sabe perfectamente que a veces las cosas dan muchas vueltas, y de forma impredecible. La izquierda pasa a la derecha. La esperanza se convierte en desesperación.

Se impulsa con las piernas hacia el lugar donde debería estar la luz, pero no hay nada, solo la negrura más oscura e insondable. Una sensación de pánico desatado se apodera de ella e intenta impulsarse con todas las fuerzas para zafarse de eso que la ha agarrado del pie derecho cuando empieza, sí, lo nota, a ahogarse.

Entonces lo sabe, como si lo hubiera sabido desde el principio: es así como va a morir. Ese es el dónde, el cuándo y el cómo. «Se ahogó en una piscina», les oye decir. Una forma muy lamentable de morir; de risa, casi.

Sin embargo, oye una voz, distorsionada y filtrada por la masa de agua.

—Mamá —dice—. ¡Mamá! Sé que me oyes. ¡MAMÁ!

Nada hacia la voz, patalea para liberarse de eso que le agarra la pierna derecha y lucha con todas sus fuerzas para que, al menos, aquello que intenta retenerla sea consciente de su presencia. Y cuando exhala el último aliento, la última bocanada de aire que le resta en los pulmones, en el momento preciso en que se da cuenta de que no le queda más remedio que dejar que el agua invada su cuerpo, sale a la superficie y se encuentra empapada en sudor, con la pierna envuelta en una sábana, y abatida, una vez más, por haber perdido la maldita hoja de papel.

—¡Mamá! —le dice de nuevo la voz.

Oye un repiqueteo en la ventana y reconoce el ruido: es el chasquido que podría hacer el pulpo de sus sueños. Y el miedo se apodera de nuevo de ella.

Laura abre la boca para responder, pero no logra emitir ningún sonido, por lo que desliza la punta de la lengua por los dientes, traga saliva con cierta dificultad y lo intenta de nuevo.

—Enseguida voy, Becky —logra decir—. ¡Enseguida voy! Dame un minuto —repite, más alto.

CAPÍTULO 1

BECKY

Cuando tenía cinco años, me inventé a mi padre.

Era bombero y llevaba un uniforme muy almidonado y con botones de latón. Iba a todos lados en un camión rojo, con escalera telescópica en el techo.

A medida que pasaban los años, mi padre tuvo varios trabajos: fue, como ya he dicho, bombero, pero también policía y neurocirujano. De hecho, también fue presidente de Noruega durante un tiempo.

Esto último debería haberme dejado en evidencia ante mis compañeros de clase porque Noruega no tiene presidente: es una monarquía. Sin embargo, en la escuela primaria Salmestone nadie lo sabía. A decir verdad, creo que a la mitad de los maestros les habría costado encontrar Noruega en el mapa.

Así pues, en la escuela yo afirmaba con una certeza rotunda y en apariencia inquebrantable que mi padre se hallaba en la cima de esta o aquella profesión; en casa, en cambio, siempre era el Gran Misterio Innombrable.

Lo cierto era que había muerto antes de que yo naciera, eso lo sabía. Pero ignoraba quién había sido o los detalles de su muerte, y tampoco sabía por qué no podía siquiera mencionarlo.

A ver, no es que pensara demasiado en él, al menos no como en un ser concreto que había existido pero ya había muerto. Quizá ese sea un concepto demasiado complejo para una niña.

En general, era feliz: con mi madre, con mi vida y con mi padre astronauta (sí, esa fue otra de sus profesiones). De hecho, era yo más feliz con mi padre de fantasía que varios de mis compañeros con sus padres reales.

—¿Tu padre te pega? —recuerdo que me preguntó una amiga.

—¡Nunca! —respondí—. Pero siempre me trae bombones cuando vuelve de la estación espacial.

Era innegable que mi madre era real, por lo que no podía fingir que no me daba palmadas en las pantorrillas cuando salía de la escuela con las rodillas manchadas de barro, y tampoco podía simular que era algo más que la simple secretaria de una agencia inmobiliaria.

En cambio, sí tenía que inventarme lo que le pasaba por la cabeza, porque siempre me daba la impresión de que había algo sobre ella que se me escapaba. Siempre me parecía que me ocultaba un secreto y, al final, resultó que era cierto.

Mamá era una mujer nerviosa, delgada, de facciones afiladas y con pocos amigos de verdad. Con los años... digamos que se ha suavizado, tanto en el aspecto físico como en el psicológico, pero cuando yo era pequeña no resultaba fácil establecer un vínculo con ella, ni siquiera siendo su hija. Sin embargo, desde un punto de vista material, era un genio.

Para ella debió de ser muy duro ser madre soltera, pero a mí nunca me faltó de nada, aunque no fue gracias a mi abuela, una mujer católica muy devota, que siempre estaba enfadada con mamá por haberse quedado embarazada y conmigo por ser un recordatorio constante de los pecados de su hija.

Mamá lloraba a menudo cuando yo era pequeña. De hecho, mi primer recuerdo es de ella llorando. Aún vivíamos en una habitación junto a la estación, por lo que yo debía de tener menos de cinco años, porque cuando empecé a ir a la escuela mamá encontró trabajo y nos muda-

mos a un piso de protección oficial. Yo me desperté, me di cuenta de que mi madre estaba sollozando y me arrastré hasta los pies de la cama. En mi recuerdo me llevó un buen rato, de modo que a lo mejor aún era más pequeña. La abracé, como hacía ella conmigo cuando era yo la que lloraba, y le pregunté qué le pasaba.

Ella señaló la habitación y dijo:

—Ah, nada. Es por este sitio. A veces puede conmigo, eso es todo. Pero no te preocupes, soy un poco pava.

Recuerdo que me la imaginé como un pavo real, llorando. Y luego miré en torno a la habitación, desconcertada, intentando comprender cuál era el problema, porque a mí me parecía todo perfecto.

En un rincón teníamos uno de esos combis de horno y encimera, Baby Belling, creo que lo llamábamos. En la televisión ponían *Budgie the Little Helicopter*, y había un armario lleno de ropa y juguetes. También teníamos un sillón de terciopelo rojo de los antiguos inquilinos, con quemaduras de cigarrillo en las que podía meter los dedos, y unas cortinas naranja con un estampado que parecía de piruletas. En serio que no atinaba a imaginar qué más podía desear alguien.

Supongo que visto ahora debía de ser un lugar horrible. Tuvo que ser muy deprimente criar a una hija en un piso de una habitación, sola y en una ciudad en la que apenas tenía amistades.

Pero ¿y a mí? A mí me encantaba. Me gustaba que nuestro hogar fuera una especie de casa de muñecas y me gustaba que pasáramos todo el rato juntas y solas, siempre en la playa. Me gustaban las luces parpadeantes de la sala de juegos recreativos y el sonido de los trenes que pasaban al otro lado de la carretera. Me gustaba ir hasta el centro por el paseo marítimo, riéndonos del viento, que a veces soplaba con tanta intensidad que tenía que agarrarme a la mano de mamá con todas mis fuerzas para que no se me

llevara volando. Por eso me costaba entender por qué estaba tan triste.

Cuando empecé a ir a la escuela, la situación mejoró un poco para ella, gracias a Dios. Encontró empleo: primero estuvo un tiempo en las oficinas de una empresa de taxis, luego como secretaria en una inmobiliaria en la que trabajó quince años. Y cuando cumplí los diez años, conoció a Brian.

Yo me aferraba a él como una lapa. Creo que tenía miedo de que un día saliera por la puerta y no volviera más, pero me han dicho que siempre estuve algo obsesionada con los hombres. En el supermercado me acercaba a ellos y los cogía de la mano, para saber qué se sentía. Al cumplir ocho años, empecé a intentar emparejar a mi madre conscientemente con los padres de mis amigas de la escuela, o con el vigilante de los parquímetros, o incluso con el tipo que tenía la tienda de dulces y caramelos. «¿Qué tal el hombre del labrador? —le preguntaba, buscando desesperadamente algo a lo que aferrarme e intentando sonsacarle más información para refinar mis criterios de búsqueda—. ¿Te parece guapo?». Pero mis sondeos no daban frutos y empecé a sospechar, a una edad muy temprana, que mi madre debía de tener algún «defecto de fábrica» y que por eso era incapaz de mantener una relación.

De modo que la llegada de Brian fue, cuando menos, inesperada. Era un tipo generoso, divertido y calvo (la calvicie era un punto a su favor, porque me gustaba sacarle brillo a su cabeza), y mantenía una actitud muy relajada ante algo que no era, visto con la perspectiva que da el tiempo, una relación especialmente plácida. Así que apareció en mi vida como caído del cielo.

Cuando yo tenía dieciocho años Brian dejó a mamá, lo cual fue una de esas sorpresas que con el tiempo resultan no ser tales. Yo siempre había tenido la impresión, y sin duda él también, de que mamá le ocultaba algo, de que le es-

camoteaba alguna cosa: su felicidad, sus ganas de divertirse... y, en última instancia, su amor.

Desde pequeñita supe lo que se sentía al saber que era imposible llegar a conocer del todo a otra persona, porque era lo que yo vivía. El único tema del que no podía hablar era mi padre y sospechaba que la actitud distante de mi madre, su abatimiento, guardaban relación con ello.

Por lo general, cuando de forma torpe e infantil intentaba sacar el tema de quién era mi padre, o más bien de por qué no tenía uno, mi madre me daba largas. A veces me frenaba con un par de palabras bruscas, o alegaba un repentino dolor de cabeza, o se limitaba a guardar silencio, como si no hubiera oído la pregunta. Solo una vez, cuando yo tendría unos siete años, creo, logré que abordara el tema.

Tuve una rabieta perfectamente calculada. Me puse a patalear y le exigí que me explicara por qué yo, a diferencia de mis amigas de la escuela, no tenía padre. Mamá preparó un té, imagino que para ganar algo de tiempo, y se sentó conmigo en el salón.

—Me resulta muy difícil hablar de ello —me confesó con gran sinceridad—, así que esta será la única vez que comentaré el tema. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza. Recuerdo que me puse a temblar de la emoción porque nunca había logrado llegar tan lejos.

—Tu padre era un hombre adorable y muy guapo —dijo—, como tú. De hecho, os parecéis mucho físicamente. Yo lo quería con locura, pero, por desgracia, y esto me pone muy triste, tuvo un accidente y murió poco después de conocernos. Se me partió el corazón, pero luego llegaste tú y me hiciste muy feliz. ¿De acuerdo? Y ahora estamos tú y yo, que nos tenemos la una a la otra.

Asentí con un gesto pensativo.

—Pero... —intenté decir.

—¿Qué te parece si salimos y compramos un helado pequeño en la playa? —sugirió mamá.

—Pero... —insistí, haciendo un gran esfuerzo para no ceder a su habitual oferta tentadora, consciente de que no era más que un soborno.

—¿No te apetece un helado? —me preguntó ella—. Bueno, entonces...

Sabía por experiencia que la conversación se había acabado. También sabía que si no dejaba de inmediato el tema de mi padre, la oferta del helado quedaría en nada. De modo que me limité a sonreír, asentí con la cabeza y fui a por el abrigo. Mientras me lo ponía, recuerdo que me miré en el espejo del vestíbulo e intenté, en vano, imaginarme a un hombre que se pareciera a mí.

Si alguien trazara un gráfico de emociones, mi madre pocas veces habría abandonado la zona que se encuentra entre «normal» y «mordiendo limones». Quizá suene un poco duro, pero siempre lucía un gesto extraño, como si achinara los ojos, como si le dolieran o como si tuviera un dolor de muelas incipiente, tal vez. No entiendo cómo una persona tan alegre como Brian pudo aguantarla durante ocho años.

A pesar de todo, yo quería, y quiero, a mi madre. No deseo que se me malinterprete. La quiero tanto como a mi brazo derecho, mis ojos o mi corazón. Es y siempre ha sido el centro de mi mundo. Como seres humanos, hemos sido concebidos para amar a los demás a pesar de sus defectos, lo cual es una suerte porque, como raza, vamos sobrados de eso. Cuando creces con alguien, esas imperfecciones te parecen lo más normal. Yo tenía la sensación de que conocía mejor a mi madre que a mí misma, aunque no fue hasta mucho más adelante cuando empecé a poner nombre a sus rarezas y a comprenderla de forma consciente; primero tuve que adquirir el vocabulario necesario para elaborar esos pensamientos. Aun así, a nivel inconsciente la entendía, sus limitaciones y todo lo demás. De modo que la marcha de Brian, como ya he dicho antes, no supuso una gran sorpresa.